

Undécimo Domingo del TO B2021

Todas las lecturas de este domingo hablan de la importancia de la esperanza cristiana. Muestran que Dios tiene el poder de hacer que las cosas crezcan y maduren sin intervención humana. Nos invitan a contar siempre con él y a esperar el futuro de su Reino, a pesar de los obstáculos presentes en el mundo.

La primera lectura describe el futuro de Israel bajo la guía de Dios. En un lenguaje alegórico, compara a Israel con un pequeño árbol que se volverá fructífero y grande hasta el punto de que los pájaros encontrarán refugio a su sombra. También destaca la soberanía de Dios que rebaja a los poderosos y enaltece a los humildes.

Lo que este texto nos enseña es que el secreto del futuro está en las manos de Dios. También existe la idea de que cualquier comienzo, por pequeño que sea, tiene en sí el germen del crecimiento. La última idea es una invitación a la esperanza en el futuro.

Este texto nos ayuda a entender mejor el punto del Evangelio de hoy en que Jesús habla del crecimiento del Reino de Dios. En primer lugar, Jesús compara el reino de Dios con una semilla plantada en un campo que crece y produce frutos sin que el agricultor sepa cómo sucede. Luego, dice que así como funciona con la semilla, también lo hace con el reino de Dios. Después, Jesús compara el reino de Dios con una semilla de mostaza que, aunque es el más pequeño de todos los granos de la tierra, se convierte en una gran planta que cobija a los pajaros. El Evangelio termina con la declaración diciendo que Jesús hablaba siempre en parábolas a la gente, mientras que en privado las explicaba a sus discípulos.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar de la esperanza cristiana para el futuro. De hecho, todos queremos tener éxito en lo que emprendemos. Hacemos todo lo que está a nuestro alcance para tener éxito en nuestro negocio, nuestros trabajos e incluso nuestras familias. Damos lo mejor de nosotros mismos en nuestros emprendimientos con la esperanza de lograr el propósito que asignamos a nuestra vida.

Sin embargo, a pesar de todos nuestros esfuerzos, sucede a veces que las cosas no siempre funcionan como lo queremos. A veces, después de haber aceptado muchos sacrificios y tanto dolor, nos damos cuenta de que el resultado final no es lo que esperábamos. Al final, llegamos a la verdad de que no tenemos el control de todos los factores que contribuyen a nuestro éxito.

Este sería el caso cuando las expectativas y los sueños de nuestros hijos se vuelven amargos con el paso de los años. Tal consideración nos enseña que donde hay expectativa de éxito, también existe la posibilidad de fracaso. Por eso, la Biblia nos recuerda que todo no depende de nosotros, sino también de Dios. Como dice el Salmo 127: "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los constructores. A menos que el Señor guarde la ciudad, en vano velará la guardia".

Lo que este salmo quiere decirnos es que, aunque tenemos que hacer todo lo que esté a nuestro alcance para tener éxito, también tenemos que contar con Dios y no solo con nuestro propio esfuerzo. Solo una tal visión puede ayudarnos a comprender el sentido de las parábolas de hoy.

De hecho, el agricultor hace su parte al labrar la tierra y plantar la semilla, pero el trabajo de crecimiento y producción es algo que está más allá de su control. En este sentido, la primera parábola quiere decirnos que el crecimiento del reino de Dios es independiente de los esfuerzos humanos, por importantes que sean.

Esto es lo que significa la semilla, que germina brotes, crece y produce cosecha sin que el agricultor lo sepa. Sin embargo, no significa que debido a que el crecimiento depende de Dios, no tengamos nada que hacer al respecto. Si nos detenemos en tal actitud, destruiremos el sentido de nuestra misión como discípulos de Jesús.

Por supuesto, nadie puede hacer crecer la semilla, pero no debemos olvidar que, como un agricultor que cultiva la tierra para una buena cosecha, tenemos que crear las condiciones en las cuales la semilla pueda crecer bien. Por eso, debemos estar activos en el mundo, sabiendo bien que con nuestro esfuerzo y nuestro trabajo el mundo puede convertirse en un lugar mejor para las generaciones futuras.

Además, incluso en el caso de que exista un fracaso en el inicio de una empresa, siempre existe la posibilidad de un buen resultado, porque incluso de las cenizas, la vida puede salir.

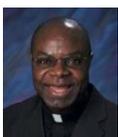
Esta esperanza en el futuro de nuestras empresas es lo que nos enseña la parábola de la semilla de mostaza. De hecho, el comienzo humilde puede convertirse algún día en una gran obra. Sin duda, el contexto de esta parábola se refiere a la historia de la salvación en el sentido de que la misión de Jesús fue una mezcla de fracaso y éxito hasta el punto de que los discípulos se preguntaban sobre su futuro. Pero, la respuesta de Jesús es alentadora, porque la pequeña semilla un día se convertirá en un gran árbol.

El mejor ejemplo al que podemos referirnos es sobre nosotros mismos. Por ejemplo, hace muchos años, éramos apenas adolescentes y hoy nos hemos convertido en estos grandes y respetuosos adultos: padres, madres, abuelos, bisabuelos, etc. ¡Qué lindo es todo eso! Esto nos recordará también que todas las grandes ideas e inventos que han transformado nuestras vidas han comenzado de un individuo y, a veces, de un garaje, y desde allí se han expandido por todo el mundo.

Siempre debemos mantener la esperanza incluso en presencia de un fracaso. Nunca debemos desanimarnos en lo que hacemos, incluso cuando hay un fracaso evidente. En este sentido, tenemos que llegar a comprender que los pequeños actos de la vida diaria cuentan y pueden marcar la diferencia. Nunca debemos cansarnos de repetirlos o desanimarnos a comenzar de nuevo cuando fallamos. Necesitamos paciencia cuando comenzamos algo. Necesitamos coraje para seguir adelante cuando enfrentamos dificultades. Tenemos que esperar que, de un pequeño comienzo, algún día surja una gran empresa. Necesitamos confiar en Dios, sean que sean las condiciones de nuestro trabajo. Esto es cierto tanto para la obra de Dios como para nuestra obra humana.

Oremos, entonces, para que el Señor nos dé las actitudes necesarias que necesitamos para trabajar por él y por nuestros semejantes. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Ezequiel 17: 22-24; 2 Corintios 5: 6-10; Marcos 4: 26-34



Fecha de la Homilía: el 13 de Junio, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20210613homilia.pdf